

cura, no hay ocasión de estudiar separadamente la trasmisión.

Una forma de monomanía desaparecida hoy, ó al menos muy rara, pero que hace tres siglos era todavía muy floreciente, es la de la posesión ó *demonomanía*. En nuestros días estas historias nos parecen más bien un sueño; pero en el tiempo en que sucedieron, aparte del mundo de las novelas, en que eran una realidad cruel y absurda, en que la posesión era un crimen que tenía sus tribunales, su código de procedimientos, sus suplicios, esta afección mental, calificada entonces de sobrenatural, se transmitía por la herencia.

Los demonógrafos están unánimes en decir que de generación en generación los miembros de una misma familia estaban entregados al diablo ó eran hechiceros. Dos grandes autoridades sobre esta cuestión, Bodin en su *Démonologie*, y Sprenger en su *Marteau des sorcières*, presentan casi siempre este principio como regla sin excepción. Bodin decía: «Padre ó madre hechiceros, hijos é hijas hechiceros.» Sprenger aconsejaba que se preguntase siempre con sumo cuidado á los culpados «*si ex consanguinitate sua aliqui, propter maleficia, fuissent dudum incinerati, vel suspecti habiti*», porque la hechicería infesta de ordinario la raza entera. Los culpables eran los primeros en reconocerlo.

Se puede relacionar con la demonografía las coreas epidémicas de la Edad Media, que, según testimonio de los autores del tiempo, eran hereditarias en algunas familias. Del mismo modo los convulsionarios del siglo XVIII: en la epidemia de éxtasis, mezclada de convulsiones, que se declaró en los protestantes de las Cévenas, se vió á niños de cuatro y cinco años, y aun de diez y ocho meses, atacados del mal común. La simpatía, el contagio nervioso, contribuían ciertamente á la producción de este fenómeno; pero no se puede dudar de que la herencia para una gran parte fuera la productora.

»La lipemania, dice Esquiros, es con la mayor frecuencia hereditaria: los lipemaniacos nacen con un temperamento particular, el temperamento melancólico que los dispone á la lipemania (1).

Se citan numerosos casos de familias cuyos diversos individuos están atormentados con la idea fija de que se les quiere matar ó envenenar. Una lipemaniaca de cuarenta y dos años, fué conducida á una casa de salud en la que murió; se averiguó que su abuelo había estado loco, su madre loca, y que su hijo, de apenas quince años, ofrecía ya signos de lipemania.

En 482 casos de esta enfermedad, Esquirol ha notado 110 hereditarios.

La *mania* consiste en un desorden completo de las facultades intelectuales y efectivas. «El maniaco, dice Esquirol, vive como en el caos. Sus propósitos desordenados y amenazadores acusan lo perturbado de su razón, sus acciones son malévolas, trata de desarreglarlo y destruirlo todo, está en guerra con todo el mundo (1).»

La herencia de esta afección mental es muy frecuente: según cifras determinadas por Esquirol, la mitad de los casos, próximamente, es hereditaria. En la Salpêtrière, en 220 casos, ha notado 88 veces la trasmisión hereditaria; y, en su establecimiento, en 152 ha notado 75 veces.

Las enfermedades mentales de que nos falta hablar, representan las formas extremas de la degeneración intelectual: éstas son la demencia, la parálisis general y el idiotismo.

La *demencia* y la *parálisis general* son la terminación habitual ó principalmente posible de todos los géneros de locura. Su trasmisión hereditaria no cons-

(1) Esquirol, I, 435.—Lucas, II, 683.—Es preciso no confundir la lipemania (llamada melancolía por ciertos autores), con la hipocondría sin delirio, aunque ésta no sea algunas veces más que una predisposición: ejemplo, J. J. Rousseau.

(1) Para los hechos véase Esquirol, II, p. 144.

tituye, pues, propiamente, un caso particular que deba ser examinado aparte. O bien la demencia de los ascendientes se reproduce en los descendientes bajo la misma forma y próximamente á la misma edad. Esquirol la ha visto aparecer, desde los veinticinco años, en un joven escultor cuya familia estaba atacada de esta enfermedad. O bien la locura de los padres se metamorfosea y llega á ser en los niños demencia ó parálisis general. Así se ve que individuos, nacidos de padres que han estado atacados de enfermedades mentales, llegar hasta los cuarenta ó cincuenta años de edad, sin haber dado señales notables de enajenación mental, y caer en un estado de demencia sin causas aparentes y aun inopinadamente.

En los *idiotas* y los *imbéciles*, la actividad mental ha sufrido tal detención en su desarrollo, que algunos han tomado los hábitos de puro animal. Esta enfermedad es incurable, porque para conseguirlo, se necesitaría volver á hacer otro cerebro. Según una palabra ingeniosa de Esquirol, el demente es un rico que ha llegado á pobre; el idiota un pobre que no llegará nunca á la riqueza.

Siendo lo más frecuente que el apetito sensual de los idiotas esté muy desarrollado, originando una fecundidad desventurada, la herencia del idiotismo es fácil de comprobar. Se cita bastante número de casos de herencia *directa*. Así Esquirol ha visto en la Salpêtrière una idiota que no tuvo más que tres hijos, dos hijas y un hijo, *todos tres idiotas* (1): Pero el idiotismo parece transmitirse más bien bajo la forma *colateral*, ó bien en línea directa, pero desapareciendo en una ó dos generaciones. Haller fué el primero que lo observó en dos familias nobles, en las que el idiotismo se había declarado un siglo antes, y vió cómo se manifestaba todavía en la cuarta y en la quinta generación. En nuestros

(1) Otros hechos, en Lucas, II, p. 787.

días, Séguin, muy competente en este estudio, hace la misma observación: «Jamás he tenido que cuidar, dice, que yo sepa, á un idiota hijo de idiota ni aún hijo de imbécil, mientras que he llegado con frecuencia á conocer ó á ver en la familia de uno de mis discípulos una tía, un tío, muchas veces un abuelo, atacado de idiotismo, de locura ó de imbecilidad por lo menos.»

IV

Desde que no se distingue con claridad la herencia de la semejanza, la trasmisión de los desórdenes mentales llega á ser un hecho tan vulgar que, para encontrar ejemplos, basta con abrir casi al azar un libro sobre la locura ó investigar los antecedentes de un enfermo cualquiera en un asilo. Así ya no indicaré más que algunos casos, limitándome á aquellos en que la herencia está elevada á la mayor potencia.

Existen familias cuyos individuos, con raras excepciones, están todos atacados de locura de la misma especie. Tres parientes entraron á un tiempo en el hospital de locos de Filadelfia. Se ha visto, en el Asilo del Connecticut, un loco que era el undécimo de su familia. Lucas habla de una señora que era la octava. Frecuentemente este mal se declara á la misma edad en las generaciones sucesivas. Toda la descendencia de una familia noble de Hamburgo, notable desde el bisabuelo por sus grandes talentos militares, era á los cuarenta años atacada de enajenación: no quedó más que un solo vástago, oficial como sus padres, á quien el Senado impidió que se casara: á la edad crítica perdió la razón (1).

Un octogenario, conocido de Trousseau, fué atacado á los sesenta y cuatro años de manía melancólica, y curó. Tuvo dos hijos y una hija. El hijo mayor fué cuerdo, pero de un carácter triste. El menor murió loco; tuvo un hijo sano de espíritu, el que á su vez tuvo

(1) Lucas, II, 759.

otro que fué idiota.—La hija poco inteligente y extravagante tuvo dos hijos: uno murió loco, el otro es casi idiota.—Un nonagenario tuvo una hermana que se volvió loca á los treinta años, dejando un hijo y una hija. El hijo fué epiléptico, y la hija murió loca, dejando un hijo que presenta ya perturbaciones notables de la inteligencia (1).

M. G. Doutrebente, en su *Etude généalogique sur les aliénés héréditaires* (2), ha recogido hechos muy curiosos. Nosotros no citaremos más que dos que demuestran la herencia morbosa en toda su fuerza, porque es «con factores convergentes», el padre y la madre, obrando uno y otro en el mismo sentido (3).

Primera generación.—Abuelos atacados de herencia morbosa.

Segunda generación.—Padre epiléptico con crisis frecuentes, seguidas de coma y de pérdida momentánea de la memoria.—Madre estrábica y sorda.

Tertera generación.—Doce hijos, cuyos caracteres son los siguientes: cinco muertos de convulsiones, tres de hemorragia cerebral, un epiléptico, una hija con

(1) Trousseau, *Clinique*, t. II, p. 136.

(2) *Annales médico-psychologiques*, 1869, t. II. He aquí las conclusiones de este trabajo:

1.^a La herencia es simple cuando el padre ó la madre son los únicos atacados de enajenación mental: en este caso se producen tipos contrarios, según que tal ó cual factor haya predominado.

2.^a La herencia es doble cuando el padre y la madre están igualmente atacados. En este caso el resultado es casi fatal: disminución y aun ausencia de reproducción. Es raro que estas razas duren más de cuatro generaciones.

3.^a Las razas pueden regenerarse por el influjo de un factor indemne.

4.^a La reproducción de tipos similares en la descendencia es un hecho que se observa solamente en la locura del suicida.

Sobre este asunto consúltese también Moret, *Traité des maladies mentales*, lib. IV, p. 513-566.

(3) Se encontrará un gran número de cuadros y de observaciones análogas en el libro de Déjerine, *L'Hérédité dans les maladies du système nerveux*, cuya lectura no sabremos recomendar bastante á los que quieran estudiar las condiciones fisiológicas de la herencia. Véase también Féré: la *Famille névropathique*, en los *Archives de neurologie*, 1884.

corea, un hidrocéfalo, un enajenado (sujeto de la observación).

Cuarta generación.—Nada. Familia extinguida.

El ejemplo que sigue es todavía más notable:

1. ^a gener.	2. ^a gener.	3. ^a gener.	4. ^a gener.
	1. Hijo muerto súbitamente á los dieciséis años.	Extinguida.....	Extinguida.
	2. Hijo muerto súbitamente á los dieciocho años.	Idem.....	Idem.
	3. Hijo muerto súbitamente á los quince años.	Idem.....	
		1. Niño muerto de corta edad.....	
		2. Idem.....	
		3. Idem.....	
		4. Idem.....	
	4. Hija mayor, hipocondriaca, emotiva.....	5. Idem.....	Extinguida.
		6. Casados: muy inteligentes.....	
		7. Deformidad física.....	
		8. Excéntrico, extravagante.....	
		9. Tuvo tres accesos de delirio transitorio.....	
Padre muy inteligente, hipocondria, delirio de persecución, muerto en un acceso de locura furiosa.....		10. Hija loca desde los veinte años.	Extinguida.....
		6. Hija débil de espíritu.....	Idem.
Madre nerviosa, emotiva.....		Hijo imbécil, hermafrodita..	
	7. Mujer atacada del delirio de persecución; se suicidó.....	1. Muchacho muerto de apoplejía á los veinticuatro años.....	Idem.
		2. Imbécil.....	
		3. Muchacho artista extravagante.....	
	8. Hijo débil de espíritu.....	1. Hijo neuropático, fallecido en un acceso de locura furiosa.....	Idem.
		2. Hija desaparecida....	
	9. Joven hipocondriaco que jamás ha querido vivir con su mujer.....	Extinguida.....	
	10. Joven hipocondriaco.....	Medio imbécil.....	Idem.

No hay temeridad alguna en sostener que cuanto más se ha extendido el estudio de las enfermedades mentales, más se ha afirmado el papel preponderante de la herencia. Encontramos la mejor prueba de esto en las publicaciones y discusiones recientes acerca de la *locura hereditaria*. Morel primero, después Krafft-Ebing, Magnan y otros, han agrupado bajo este nombre desórdenes mentales, en apariencia muy diferentes, que los antiguos alienistas trataban como entidades morbosas distintas, y que hoy se consideran como los diversos modos de un sólo y único proceso morboso: la degeneración en sus diversos grados. Tales son la manía del robo (kleptomanía), el temor de ser robado (kleptofobia), la manía incendiaria (piromanía), el temor al fuego (pirofobia), los impulsos irresistibles al juego, á las compras extravagantes, al homicidio, al suicidio; la preocupación incesante y ansiosa de buscar nombres (onomatomanía), de interrogar, de calcular (aritmomanía); el temor á los grandes espacios (agorafobia) ó á la reclusión (claustrofobia), la locura de la duda, las aberraciones y perversiones sexuales, etc. No cito más que las formas principales; cada día se descubren nuevas. Sufren una metamorfosis de una generación á la otra, muchas veces en el mismo individuo. Morel (1) ha citado el caso de un degenerado arrastrado alternativamente á los desórdenes sexuales, á la dipsomanía, al suicidio, al homicidio.

Se ha reprochado con razón la frase *locura hereditaria*, como equivoca; porque la herencia se extiende al dominio entero de las enfermedades mentales, no á este grupo solamente; sin embargo, en éste es preponderante. «Desde su nacimiento, los hereditarios presentan signos especiales, marca de su origen, manifestación exterior del sello de la herencia». Tienen sus *estigmas* físicos y psíquicos, largamente descritos por autores

(1) *Maladies mentales*, p. 420.

anteriormente citados. Para quien quiera convencerse del papel capital de la herencia en toda degeneración, no hay estudio más interesante que el de los degenerados. Se puede seguir paso á paso su trabajo de destrucción á través de tres ó cuatro generaciones, hasta el idiotismo, la demencia, la disolución completa.

«La tendencia actual pretende ver en la más común, en la más vulgar de las neurosis, en la neurastenia (debilidad irritable) el centro de todas las afecciones del sistema nervioso, la fuente de la familia neuro-patológica... La neurastenia ha sido quien la produce y la sostiene al mismo tiempo. La crea en virtud de las leyes de la herencia, cuyos efectos de acumulación, obrando á través de varias generaciones, se traducen en los descendientes de neurasténicos, en formas morbosas cada vez más graves, que llevan consigo la degeneración física y mental, así como la extinción de la raza. La mantiene ó conserva porque, pudiendo desarrollarse de una vez en un sujeto, sin vicio hereditario, es por tanto la única de las afecciones del sistema nervioso que jamás reconoce la herencia por causa, que puede *adquirirse* bajo el influjo de ciertas circunstancias, sin ninguna predisposición anterior. La neurastenia es la que suministrando sin cesar nuevos alimentos á la gran familia neuro-patológica, se opone á la extinción de esta última por las leyes fatales de la herencia convergente, combinada con los estados de degeneración.

«Así el dominio de las afecciones del sistema nervioso irá siempre en aumento. Es una de las consecuencias fatales de la lucha por la existencia, tal, sobre todo, como se entiende en nuestra época (1).»

Todos los tratados de enfermedades mentales no son más que una defensa, la más convincente, la más irresistible de la herencia. Está en el primer rango de las

(1) Déjerine, *op. cit.*, p. 266.

causas de la locura. ¿Pero en qué proporción respecto de las demás? Los buenos documentos estadísticos serían los únicos que podrían dar la respuesta, puesto que los diversos informes que existen concuerdan poco entre sí. Las locuras hereditarias representan para Moreau de Tours el 9/10; para otros el 1/10 solamente. Según trabajos de Mandsley, la cifra está sobre 1/4 y bajo 1/2; en 50 casos de herencia que ha examinado cuidadosamente, ha encontrado 16 hereditarios, lo que da 1/3. En 73 casos descritos por Trélat en su *Folie lucide*, se cuentan 43 como debidos á la herencia.—Entre los autores que han reunido mayor número de documentos es preciso citar á Griesinger y Legrand du Saullé (1). Este último ha comparado 45 estadísticas hechas en diferentes países de Europa ó América. Varían desde 4 por 100 á 85,71 por 100. Esta enorme diferencia se explica por varias razones. Hay autores que no tienen en cuenta más que la herencia directa é inmediata. Las estadísticas extensas aminoran siempre el papel de la herencia; las estadísticas pequeñas le ponen en relieve, porque ha sido posible obtener datos precisos. «Las investigaciones más modernas y más precisas, las de Turnham y H. de Grainger Stewart permiten colocar entre 40 y 50 por 100 la proporción de los enagenados hereditarios.»

(1) Griesinger, p. 179.—Legrand du Saullé, *Leçons sur la folie héréditaire*, p. 4.

SEGUNDA PARTE

Las leyes.

«La herencia, esa es la ley.»
(DARWIN)

CAPÍTULO PRIMERO

LA HERENCIA ¿ES UNA LEY?

I

La ciencia tiene su comienzo en la investigación de las leyes. Todo lo que precede no ha tenido más que un objeto: prepararla. Si de esta masa de hechos tomados de la psicología animal y humana, de la patología y de la historia no tuviéramos la esperanza de ver surgir alguna regla cierta y fija, esto no sería más que un montón de materiales sin valor, una colección de anécdotas curiosas pero que no proporcionaría nada al espíritu que se asemejase á la ciencia. Se trata, pues, de saber si la herencia es una ley del mundo moral ó si los numerosos ejemplos presentados anteriormente no son más que casos aislados, resultante del concurso fortuito de otras leyes.

Quizás después de haber leído la primera parte de este volumen causará extrañeza el que esta cuestión pueda presentarse. Sin embargo, la perfecta indiferen-